

Diccionarios, lenguas perfectas y el nombre de las cosas

*Francisco Javier Grande Alija**
Universidad de León, España

RESUMEN

En primer lugar, nos ocupamos de las características principales de las lenguas artificiales filosóficas y nos centramos en un ejemplo paradigmático de esa clase de lenguas: el *Essay Towards a Real Character and a Philosophical Language* (1668) de Wilkins. A continuación, abordamos la lexicografía onomasiológica, en especial, los diccionarios ideológicos. Por último, consideramos las relaciones entre ambas tradiciones, destacando sobre todo la importancia que en ellas tiene la clasificación del conocimiento de acuerdo con un modelo jerárquico de naturaleza aristotélica.

Palabras clave: lengua artificial filosófica, clasificación del conocimiento, lexicografía onomasiológica, diccionarios ideológicos.

* Para correspondencia dirigirse a: Francisco Javier Grande Alija (fjgraa@unileon.es), Departamento de Filología Hispánica y Clásica, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Vegazana, Universidad de León, 24071, León, España.

DICTIONARIES, PERFECT LANGUAGES AND THE NAME OF THINGS

ABSTRACT

First, we analyze the main characteristics of artificial philosophical languages and study Wilkins' *Essay Towards a Real Character and a Philosophical Language*, a paradigmatic example of those languages. Then, we deal with onomasiological Lexicography, with special reference to ideological dictionary. Finally, we consider the relations between these two intellectual traditions in order to emphasize that the classification of knowledge, in accordance with a hierarchical Aristotelian model, is of importance for both.

Key words: artificial philosophical languages, classification of knowledge, onomasiological lexicography, ideological dictionary.

Recibido: 11/04/08. Aceptado: 30/06/08.

1. INTRODUCCIÓN

En este trabajo pretendemos, en primer lugar, ofrecer una aproximación sumaria a lo que representan las lenguas artificiales, en particular las llamadas "lenguas filosóficas a priori". Presentaremos, a continuación, uno de los proyectos más importantes de este tipo de lengua, con especial énfasis en el modo en que en el mismo se configura y organiza el vocabulario. Por último, destacaremos cómo esa necesidad de reflejar la organización del mundo, que hay en esta clase de proyectos, ha repercutido de modos diversos en clasificaciones posteriores del léxico basadas en el significado y que nada ya tienen que ver con el ideal racionalista y utópico que alimenta a las lenguas a priori prototípicas.

2. LENGUAS ARTIFICIALES. LENGUAS ARTIFICIALES A PRIORI

Desde antiguo, el sueño de la lengua perfecta ha perseguido a un hombre preocupado por superar las pretendidas limitaciones e imperfecciones de las lenguas naturales. Detrás de ese sueño están los intentos de recuperar la

lengua adánica original, anterior a la maldición de Babel, pero igualmente los de crear una nueva lengua, tanto si es para disponer de un instrumento de la razón que refleje con exactitud y fiabilidad la realidad y el pensamiento (lenguas artificiales a priori), como si es para conseguir un instrumento de comunicación universal –sencillo, neutro y racional– que facilite el contacto entre personas y pueblos de lenguas y culturas distintas (lenguas artificiales a posteriori)¹.

En todos los casos las lenguas se perciben como un problema que hay que resolver, como una barrera que hay que derribar y franquear, bien entre *nosotros* y el *mundo* (las lenguas son ambiguas, vagas, imprecisas, y nos devuelven una imagen distorsionada y velada de la realidad), bien entre nosotros y aquellos que no son como nosotros, es decir, otros pueblos, otras sociedades, con las que nos resulta difícil comunicarnos y entendernos.

A la toma de conciencia del problema le sigue el impulso para resolverlo y llegar a una situación ideal en la que ya no se dé. Surge así el sueño del filósofo, del hombre sabio que aspira a construir una herramienta perfecta para la expresión del pensamiento (es el caso de las lenguas a priori), o bien el sueño del hombre fraterno que busca, con la ayuda de una lengua nueva, y en pos de la concordia universal, borrar las barreras que la incomunicación y los egoísmos nacionales han levantado en el seno de la humanidad (este es el anhelo de buena parte de los creadores de lenguas a posteriori)².

2.1. CARACTERÍSTICAS DE LAS LENGUAS FILOSÓFICAS A PRIORI

La denominación “a priori” que reciben estas lenguas artificiales se debe a que, a diferencia de las llamadas “a posteriori”, son lenguas que de forma consciente buscan, otra cosa es que realmente lo consigan, distanciarse del modelo de organización de las lenguas naturales, al que consideran imperfecto y poco preciso. Esto se refiere especialmente a la construcción del vocabulario, que ya no se intenta que se asemeje al de otras lenguas

¹ Para una aproximación, en español, al interés histórico por las lenguas artificiales, a sus características más importantes y a los tipos que se suelen distinguir, pueden consultarse, entre otros, los trabajos de U. Eco (1994), S. Dodd (1990), M^a. L. Calero Vaquera (1999) y Grande Alija (2001).

² En realidad, ambos objetivos suelen estar presentes, en mayor o menor medida, en los diversos tipos de lenguas artificiales. Lo verdaderamente significativo es el énfasis que se ponga en uno o en otro.

conocidas de amplia difusión internacional, porque la gramática tiende más bien a ser una versión simplificada y totalmente regularizada de los modelos de las lenguas naturales.

Dentro de las lenguas artificiales a priori están las denominadas “filosóficas”, es decir, aquellas que, para construir el vocabulario, se apoyan en una organización lógica de la realidad. Su edad de oro fue el siglo XVII³ y surgen del intento de contar con un instrumento de la razón y el conocimiento que permita reflejar con exactitud un pensamiento firmemente apoyado en la realidad.

Como características básicas de esta clase de constructos lingüístico-filosóficos podemos señalar las siguientes:

2.1.1. Motivaciones: Son lenguas filosóficas y científicas con pretensiones de rigor y objetividad. Su finalidad principal, y en ello se aprecia la influencia ejercida sobre esta clase de autores por el filósofo Francis Bacon, quien mostró una profunda desconfianza hacia las lenguas naturales, es llevar a cabo una especie de *terapia del lenguaje*. Esto significa que son esfuerzos encaminados a eliminar las ambigüedades, confusiones, imperfecciones e inexactitudes de las lenguas comunes que hacen de ellas un instrumento poco adecuado para el conocimiento y el quehacer científico⁴. En este sentido, son hijas de su tiempo, pues nacen en un contexto cultural dominado por la filosofía experimental y el método científico. No en vano, el pensador francés René Descartes, en su carta al padre Mersenne (1629), insiste en que la invención

³ En este contexto cabe destacar la aportación de los proyectistas británicos de lenguas y escrituras universales (pasigrafías), entre los cuales sobresalen los nombres de: Francis Lodwick (*A Common Writing*, 1647, y *The Groundwork or Foundation Laid (or so Intended) for the Framing of a New Perfect Language and a Universal or Common Writing*, 1652), Cave Beck (*The Universal Character, by which the Notions of the World May Understand One Another's Conceptions, Reading out of some Common Writing their own Mother Tongues*, 1657), Nathaniel Chamberlain (*Tractatus de literis et lingua philosophica*, 1679), y especialmente el escocés George Dalgarno (*Ars signorum, vulgo character universalis et lingua philosophica*, 1661) y el obispo, del que hablaremos más adelante, John Wilkins (*An Eassy Towards a Real Character and a Philosophical Language*, 1668). Fuera de Gran Bretaña destacan las figures del moravo Janos Amos Comenius (*Via Lucis*, 1668) y Gottfried Wilhelm Leibniz.

⁴ La destrucción de los *idola* es una de las preocupaciones esenciales del pensador inglés Francis Bacon (*Novum organum*, libro I, aforismo LIX). El lenguaje, a través de las palabras, nos impone una imagen del mundo que nada tiene que ver con la verdadera naturaleza de las cosas. El lenguaje ordinario y la naturaleza no mantienen una relación de isomorfismo. Nuestro pensamiento se encuentra gobernado por las palabras y resulta muy difícil, incluso para las mentes más despiertas, quedar al margen de su influencia negativa. El lenguaje está bajo sospecha (véase Singer 1995: 64-67).

de una lengua de esta clase depende necesariamente de la construcción de una verdadera filosofía que logre delimitar las “ideas simples” de que está formado el pensamiento. Solo de este modo se podría esperar

vne langue universelle fort asisée à apprendre, à prononcer & à écrire, & ce qui est le principal, qui aideroit au iugement, luy representant si distinctement toutes choses, qu’il luy seroit presque impossible de se tromper; au lieu que tout au rebours, les mots que nous auons n’ont quasi que des significations confuses, ausquelles l’esprit des hommes s’estant accoutumé de longue main, cela est cause qu’il n’entend presque rien parfaitement (Descartes 1974 : 81).

Sin embargo, no faltan otras motivaciones más prácticas como las de superar los inconvenientes derivados de la maldición de Babel o facilitar el comercio entre las naciones (véase Wilkins 1668, en la dedicatoria inicial), a las que habría que añadir otras imbuidas de un espíritu piadoso y pacifista. Por ejemplo, el propio John Wilkins destaca que su proyecto de lengua puede contribuir a la difusión y conocimiento de la religión y a resolver, desmascarando los errores que se esconden tras las palabras, las diferencias que existen con relación a ella. También el pedagogo y humanista moravo Comenius defendió, en *Via lucis* (1668), la necesidad de una lengua universal, la panglosia, que no solo contribuiría al rigor terminológico, sino también a la reconciliación de la humanidad y a su total redención (Rossi 2000: 154 y ss.). El impulso místico, irenista y utópico está, pues, bien representado.

2.1.2. Son lenguas que utilizan *caracteres reales*. Estos signos son las células que se combinan para configurar el cuerpo de la lengua universal. El uso de los caracteres reales hay que enmarcarlo dentro del interés del siglo XVII por los signos y en particular en el interés renovado por los jeroglíficos egipcios y la atención que se presta a los caracteres chinos como fuente de inspiración para una posible escritura universal (Singer 1995). Por otra parte, se tienen que situar igualmente dentro del debate sobre las imperfecciones de las lenguas, y de nuevo aquí las ideas programáticas de Francis Bacon van a ejercer una enorme influencia.

En efecto, si bien se constata que nuestro pensamiento está gobernado por unas palabras engañosas que no siguen las líneas de división de la realidad, también es cierto que a lo largo del siglo XVII se va a entrever la posibilidad de crear una nueva lengua que utilice signos que ya no representan palabras, sino nociones, cosas. Tales signos, los caracteres reales, no son representaciones fonológicas ni, por tanto, alfabéticas, de las palabras de la lengua hablada. Son, en cambio, signos semánticos, ideogramas, con que se quiere apuntar directamente a las cosas y representar así de un modo más fiable la realidad. Que se tiene en mente el modelo de los caracteres chinos

está fuera de toda duda y, una vez más, las palabras de Francis Bacon se pueden leer como una auténtica declaración de principios que va a ejercer una enorme influencia:

it is the use of China, and the kingdoms of the High Levant, to write in characters real, which express neither letters nor words in gross, but things and notions; insomuch as countries and provinces, which understand not one another's language, can nevertheless read one another's writings...; and therefore they have a vast multitude of characters, as many, I suppose, as radical words (*The Advancement of Learning*, libro II. Cap. XVI, párrafo 2, página 62 de la edición en la colección "Great Books of the Western World", Encyclopaedia Britannica and The University of Chicago, 1990, 2ª edición).

Las palabras de Bacon tienen un eco directo en John Wilkins (1668: 13), quien, tras hacer un repaso de los diversos modos que se han utilizado para representar a lo largo de la historia las lenguas, señala que "there have been some other proposals and attempts about a *Real universal Charater*, that should not signifie words, but *things* and *notions*, and consequently might be legible by any Nation in their own Tongue".

Aunque los caracteres reales se conciben en principio como signos gráficos que posibilitan una escritura universal (pasigrafía), pueden, sin embargo acabar recibiendo un valor fonético (hacerse efables) y dar lugar ya a una verdadera lengua universal (pasilalia)⁵.

Lo importante de todo esto es que, tanto si se conciben como signos gráficos puros (sin referencia a ninguna lengua hablada) como si se trata de signos audiovisuales (efables), en todos los casos estamos ante signos arbitrarios, convencionales, que aspiran a reflejar fielmente el orden de las cosas y a ser el vehículo para una lengua isomórfica con la realidad. Tras esta visión subyace la idea de que, como los seres humanos coincidimos en la forma de aprehender la realidad (compartimos las nociones internas o imágenes mentales que tenemos de las cosas), cabría la posibilidad de que nos pusiéramos también de acuerdo en utilizar una expresión o carácter común para cada noción o cosa de la realidad en lugar de toda la variedad de expresiones arbitrarias de las diferentes lenguas (Wilkins 1668: 20). El camino para una lengua universal está abierto.

⁵ Precisamente el capítulo III de la obra de Wilkins se titula del siguiente modo: "How this Real Character may be made efbale in a distinct Language, and what kind of Letters or Syllables may be conveniently assigned to each Character".

2.1.3. En otro orden de cosas, son lenguas basadas en el análisis de los pensamientos y en el uso de un criterio de composición mediante rasgos primitivos. Se parte de la hipótesis atomista de que los pensamientos humanos se pueden resolver en un pequeño conjunto de primitivos o nociones básicas (Nef 2000: 66), que se presentan a la mente de forma espontánea y no problemática. Se trata de mostrar cómo a partir de los más simples, por combinación, se obtienen los más complejos (Nef 2000: 64).

Dentro del espíritu científico y de ser fiel a la realidad de las cosas, se aspira a establecer una perfecta congruencia, un isomorfismo absoluto, entre el mundo, el pensamiento y el lenguaje, de tal modo que uno sea imagen del otro. No se trata de una conexión esencialista al estilo del neoplatonismo (un lenguaje primigenio en comunión directa con la naturaleza), sino de estructura y forma. Para representar la realidad y los pensamientos, utilizamos signos convencionales (los caracteres reales)⁶ cuya composición, sin embargo, refleja la estructura de la realidad (Singer 1995: 69). Como resultado de esta interrelación entre palabras, pensamiento y realidad, hay una perfecta sintonía entre el análisis de las ideas complejas en ideas simples, de las palabras en marcas elementales y de las cosas en rasgos primitivos (Nef 2000: 100). La consecuencia de esto es que se produce, dentro del marco de la lengua, un paralelismo absoluto entre el plano del contenido y el plano de la expresión, de modo que uno es espejo del otro y cualquier variación en uno de ellos se refleja de manera automática en el otro. Por tanto, la composición de la palabra muestra la composición de su significado y los signos son siempre unívocos.

Para alcanzar este ideal de simetría y correlación perfecta entre planos se actúa del siguiente modo: 1) se establece una lista de nociones simples que sea universal (es decir, válida para todos los hombres) y limitada; 2) tales nociones se organizan según un orden jerárquico en géneros y especies; 3) a cada noción básica se le asigna un significante, un símbolo; 4) las palabras surgen por combinación de los símbolos que corresponden a las nociones simples en que se analiza el concepto denotado. Por ejemplo, en el *Ars signorum* (1661) del escocés George Dalgarno, la palabra correspondiente al concepto de “admiración” es pom, donde la “p” representa el concepto “sensitivo” (género fundamental de la clasificación), la “o” significa

⁶ Wilkins (1668: 385-386), a la hora de plantear el carácter real para su proyecto, ante las dificultades de acudir a un simbolismo *natural*, esto es, motivado, solo ve viable la alternativa de acudir a una representación convencional “by institution”.

“pasiones principales” (género intermedio) y la “m” es la marca de especie (Eco 1994: 196).

El resultado de todo esto es una especie de matemática del pensamiento, de la que ya hablara Descartes⁷, en la que supuestamente no haría falta aprender por separado el significado de cada palabra, sino que sería perfectamente deducible a partir de la combinación de las nociones simples que la componen (funcionaría como lo hace la numeración⁸). De este modo, la palabra incorpora en sí misma una definición del concepto denotado y explica la naturaleza de la cosa, a la vez que nos dice el lugar que ocupa en el mundo.

La posibilidad de una lengua universal de este tipo descansa en el convencimiento de que las ideas simples son universales. La universalidad del lenguaje se basa en la universalidad del pensamiento. No hay, pues, lugar para el relativismo lingüístico ni se considera la posibilidad de que existan otras visiones de la realidad, del mundo.

2.1.4. Por último, uno de los pilares sobre el que descansa el armazón de estas lenguas y que garantiza que reflejen con exactitud, rigor y no ambigüedad la realidad, es la enumeración ordenada y la clasificación de todos los conceptos y cosas (Rossi 2000: 159-160). La tarea enciclopédica precede, pues, a la creación de la lengua y se convierte, por tanto, en condición previa necesaria de ella. También es, quizá, la más compleja por un doble motivo. De un lado, por su magnitud –se trata de organizar todo el conocimiento, todo lo que se puede denotar y referir con la lengua, se aspira a elaborar la enciclopedia total–, y, del otro, porque ninguna propuesta puede considerarse definitiva.

En este aspecto, como en ningún otro, se puede decir que la lengua filosófica es el resultado del descubrimiento científico, puesto que la definición exacta, que toda palabra construida por composición encierra en sí misma, exige una organización rigurosa que debe mucho a las clasificaciones de las ciencias naturales (Rossi 2000: 169). En realidad, existe una larga

⁷ Sería necesario establecer “vn ordre entre toutes les pensées qui peuuent entrer en l’esprit humain, de mesme qu’il y en a vn naturelement étably entre les nombres; et comme on peut apprendre en vn iour à nommer tous les nombres iusques à l’infiny, & à les écrire en vne langue inconnuë, qui sont toutesfois vne infinité de mots differents, qu’on pust faire le mesme de tous les autres mots necessaires pour exprimer toutes les autres choses qui tombent en l’esprit des hommes” (Descartes 1974: 80-81).

⁸ Siempre que, evidentemente, fuera factible poder definir todos los conceptos a partir de unos pocos primitivos semánticos.

tradición de clasificaciones sistemáticas, metódicas, alfabetos de nociones, etc., que aparecen a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento y que, en última instancia, se retrotraen a Aristóteles y su interés por la biología. Se pueden citar nombres como Ramón Llull, Ramus, Johan Henrich Alsted (maestro de Comenius), Johan Henrich Bistefeld, etc.

Estas clasificaciones organizan no palabras, sino nociones; en concreto, las nociones más simples –los átomos que configuran los pensamientos que expresamos. Se ordenan de acuerdo con una taxonomía de tipo aristotélico estructurada en géneros, diferencias y especies que aspira a reflejar la organización subyacente del mundo. He aquí otra característica esencial de tales clasificaciones: se considera que el orden del mundo se ve reflejado en las tablas, la enciclopedia, y esta en la lengua que le sirve de expresión. La lengua y la clasificación subyacente actúan como espejo del universo y, en consecuencia, las relaciones terminológicas reproducen las relaciones del mundo (Rossi 2000: 166). Se busca alcanzar así el ideal de un lenguaje transparente que muestre fielmente la organización de lo real.

Obviamente, este es un objetivo que no cumplen ni pueden cumplir, porque todas las clasificaciones son arbitrarias y lo único que reflejan es una visión del mundo que se ve superada a medida que nuestro conocimiento va mejorando. No hay ningún principio inmutable que las sostenga y, en consecuencia, no pueden verse como una especie de radiografía de la realidad, sino, a lo sumo, como una forma más o menos útil de organizar nuestro conocimiento enciclopédico. De hecho, muy pronto (finales del siglo XVII) los nuevos aires en la ciencia y la filosofía llevaron a una concepción distinta de la clasificación, que de verse como un trasunto de las relaciones taxonómicas de la realidad se pasa más bien a ver como una especie de guía que ayuda a orientarse en el laberinto del conocimiento. De una clasificación de naturaleza ontológica se pasa a otra de carácter práctico y convencional. En resumidas cuentas, como destacó Jorge Luis Borges (1985: 112), hablando precisamente del lenguaje analítico de John Wilkins, “La imposibilidad de penetrar en el esquema divino del universo no puede, sin embargo, disuadirnos de planear esquemas humanos, aunque nos conste que éstos son provisorios”. Todas las clasificaciones son imperfectas, pero no podemos renunciar a ellas.

2.2. JOHN WILKINS Y SU *AN ESSAY TOWARDS A REAL CHARACTER AND A PHILOSOPHICAL LANGUAGE* (1668)

Nos corresponde ahora referirnos al que se puede considerar el proyecto de lengua filosófica más completo del siglo XVII y que va a influir

decisivamente en otros posteriores. Se trata de la lengua universal del obispo inglés John Wilkins publicada en 1668⁹. Su interés reside no solo en que es un modelo paradigmático de lengua filosófica, sino igualmente en que la magna labor de clasificación del conocimiento que hay detrás de ella va a tener importantes repercusiones en el desarrollo de ciertos trabajos lexicográficos posteriores de orientación onomasiológica. No en vano, como destaca X. Laborda (1980: 356), se le puede considerar un precursor del enciclopedismo del siglo XVIII, aunque no hay que olvidar que en él culmina una larga tradición medieval y renacentista.

El proyecto de John Wilkins, hombre de una profunda curiosidad intelectual y de una gran preparación humanística y científica, nos sitúa de nuevo en un primer plano el problema de la relación entre las palabras, los pensamientos y las cosas. En efecto, como pone de relieve el autor inglés en la primera parte de su ensayo, las múltiples imperfecciones de las lenguas naturales hacen de ellas un instrumento poco adecuado para la representación de la realidad y el conocimiento. La lengua, más que un medio, es un estorbo. La única alternativa viable para poner en perfecta correspondencia palabras y mundo es una nueva lengua, alejada del modelo de las lenguas naturales, en concreto, una lengua que utilice caracteres reales que permitan la expresión distinta de todas las cosas y nociones (Wilkins 1668, dedicatoria inicial). Tal carácter real nos instruirá, gracias al criterio de composición, en la naturaleza de las cosas representadas (cf. *id.*, 21). Y esto de manera rigurosa, de tal modo que se tendrá una palabra para cada noción o cosa y, viceversa, una cosa o noción para cada palabra.

Una vez que ha mostrado las debilidades de las lenguas naturales y ha sugerido la necesidad de crear un nuevo tipo de lengua más ajustada a la verdad del conocimiento, Wilkins desarrolla la parte central y más extensa (ocupa casi 300 páginas) de su trabajo: una magna recopilación del conocimiento de su época destinada a delimitar y organizar las supuestas nociones básicas comunes al ser humano¹⁰. Estos contenidos se ordenan en un

⁹ Para todo lo relacionado con la obra de Wilkins, recomendamos la lectura de la obra de Laborda (1980), en donde se puede encontrar un análisis minucioso y certero de los principales aspectos de su proyecto, así como una reflexión sobre el modo en que tal obra encaja en el contexto intelectual de su época y, en especial, dentro de las corrientes del pensamiento conocidas como empirismo y racionalismo.

¹⁰ En la elaboración de las tablas intervinieron destacados científicos especializados en los diferentes campos del saber, por lo que ha de verse como resultado de un trabajo de equipo (véase la "Epístola al lector"). Esto le causó no pocos problemas a Wilkins, porque a menudo chocaba su afán de mantener un esquema clasificatorio fijo (con un número determinado de

conjunto de tablas que se organizan jerárquicamente conforme a un modelo aristotélico¹¹ en el que, como en el árbol de Porfirio, a partir del tronco de las nociones más generales se van desplegando, en sucesivas subdivisiones, las especies particulares. Hay que insistir en que clasifican nociones, cosas, no significados ligados a los signos concretos de una determinada lengua. Se intenta un modelo de clasificación conceptual de validez universal y asentada en la naturaleza de las cosas, no en la apariencia que de la realidad nos da una lengua. Se organiza en 40 géneros mayores, 251 diferencias y 2030 especies.

La clasificación es la horma sobre la que se configura la estructura conceptual de la lengua y, por tanto, los radicales o términos primitivos de la misma. Estos, mediante la combinación de marcas, indican el recorrido que hay que seguir en la clasificación para situar la noción representada, pues cada término señala de forma inequívoca el género, la diferencia y la especie a los que pertenece lo que se expresa¹². Finalmente, a estos rasgos conceptuales se suman luego las marcas gramaticales que hacen posible la construcción sintagmática¹³.

Debe quedar claro que aunque se trata de una clasificación hecha conforme a una gramática conceptual de tipo aristotélico, sin embargo en ella pesan considerablemente los procedimientos mnemotécnicos del arte de la memoria (véase Rossi 2000), es decir, una serie de artificios que alivian el trabajo de esta facultad. Solo así se entiende que, por ejemplo, el número de diferencias (salvo en el caso de las plantas y ciertos animales) sean seis o

diferencias y especies) con la evidencia de que la organización de la realidad era mucho más compleja.

¹¹ Se ha señalado la discordancia, el choque que se produce en la tarea clasificatoria llevada a cabo por Wilkins entre el hecho de que asume sin crítica las categorías de la metafísica aristotélica y el hecho de que se apoya en el conocimiento científico de la época. Como destaca Laborda (1980: 139), “El espíritu empírico que anima este trabajo se resiente de la insuficiencia de los instrumentos de clasificación” (que siguen los esquemas aristotélicos).

¹² Más adelante se incluirá algún ejemplo concreto de cómo se construye así el vocabulario de la lengua.

¹³ Se debe aclarar que a los signos básicos, que representan los conceptos primarios, se les puede añadir otros símbolos que representan las llamadas por Wilkins “partículas trascendentales”. La función de estas partículas no es sintáctica sino semántica: sirven para modificar el significado primario y originar, de este modo, otras acepciones que guardan algún tipo de relación con el contenido básico. Así, por ejemplo, a partir de “raíz” se obtiene “original”, de “luz” “evidente” (gracias a la partícula responsable del sentido metafórico). La variedad de matices semánticos que introducen estas partículas es muy grande (véanse los capítulos VI y VII de la parte III) e implican una gran economía lingüística porque contribuyen a que no haya que multiplicar el número de radicales distintos.

que los signos para las especies se reduzcan a nueve, lo que en algunos casos le obliga a distinguir un número mayor porque, como indica U. Eco (1994: 210), el número de especies no está definitivamente limitado. También “para el mejor auxilio de la memoria” (Wilkins 1668: 22) las especies se agrupan en pares (por oposición o algún tipo de afinidad). Es evidente que tal forma de proceder choca con el intento de llevar a cabo una clasificación que sea reflejo exacto de la organización de la realidad¹⁴ y pone de manifiesto que el ideal de perfección y rigor se sacrifica, a menudo, en beneficio de un criterio pragmático de facilidad y manejabilidad, tal vez inevitable¹⁵.

Como destaca X. Laborda (1985), una vez que se ha establecido, gracias a la clasificación, la paradigmática conceptual, el siguiente paso consiste en fijar la sintagmática o combinatoria de los signos primitivos. Para ello, en la parte III, Wilkins lleva a cabo “an enquiry after such kind of necessary helps, whereby as by instruments we must be assisted in the forming these more simple notions into complex Propositions and Discourses” (1668: 297). Plantea para ello una gramática filosófica en la que se fijan las reglas de combinación de los signos. Con esta “gramática natural” intenta apartarse de las numerosas “reglas innecesarias” que pertenecen a las “lenguas instituidas” (véase la epístola al lector) para centrarse en cambio en los fundamentos y reglas generales del lenguaje, aquellos que le pertenecen de forma natural y necesaria (1668, 297). De esta gramática solo destacaremos aquí el carácter nuclear y proteico que en ella posee la categoría nominal (dividida en nombre sustantivo y nombre adjetivo), pues de esta última derivan las categorías del adverbio y el llamado verbo adjetivo (cópula + adjetivo). Por otra parte, en un plano semántico, hay que tener en cuenta que cada palabra radical clasificada por las tablas se corresponde con un nombre sustantivo (1668: 299) y que el resto de palabras con contenido conceptual se construyen, mediante diversas marcas, a partir de esas palabras radicales. Por tanto, los sustantivos pueden verse como la fuente del significado léxico

¹⁴ Así lo destaca U. Eco (1994: 218): “Pero una división según usos prácticos sigue criterios que no pueden ser los de llevar a la búsqueda de un sistema de primitivos metafísicamente fundamentado”.

¹⁵ X. Laborda (1980: 167) también llama la atención sobre lo mismo: “Esta uniformidad clasificatoria es fundamental para la factibilidad del lenguaje filosófico. De la regularidad formal nada puede objetarse, pero sí de la regularidad material. Reflejar regularmente las cosas exige al proyectista violentar esa realidad. La realidad no forma un conjunto muy ordenado”.

de toda la gramática y constituyen el fundamento sobre el que se apoya la arquitectura de la lengua¹⁶.

La obra culmina con la propuesta de una lengua filosófica que utilice caracteres reales para representar las palabras radicales de la lengua, siguiendo la organización jerárquica de la clasificación anterior. El carácter nos indica de forma inequívoca el lugar que ocupa la palabra en cuestión dentro de ella, así como el recorrido que hay que seguir para ir sumando los rasgos de contenido que configuran el significado del término radical.

En realidad se prevén dos formas de representación gráfica que nos permiten hablar de dos lenguas organizadas sobre el mismo esquema conceptual. En la primera (de naturaleza exclusivamente gráfica), los signos son el resultado de la combinación de una serie de marcas gráficas que señalan el género (parte central del carácter, constituida por una línea horizontal con un trazo distintivo en el medio), la diferencia (trazo en el extremo izquierdo) y la especie (en el extremo derecho). A ellas se añaden otras marcas que indican los accidentes gramaticales u otras modificaciones semánticas del radical. La otra lengua, destinada a ser escrita y pronunciada, sustituye los rasgos gráficos anteriores por sílabas (en el caso de los géneros), consonantes (para las diferencias) y vocales y diptongos (para las especies).

Por ejemplo, si “De” significa “elemento” (género), “Deb” se refiere a la primera diferencia (“fuego”) y, finalmente, “Deba” a la primera especie (“llama”) (Wilkins 1668: 415). Su representación gráfica queda del siguiente modo:

	LENGUA ESCRITA	LENGUA HABLADA
Género: “elemento”	— —	De
1ª diferencia: “fuego”	∟—	b
1ª especie: “llama”	—∟	α
Signo final	∟∟	<i>Deba</i>

¹⁶ Ciertamente, si a John Wilkins se le recuerda no es por su aportación a la gramática filosófica, sino por su organización conceptual y el modo en que se concreta en una nueva lengua que ha de servir de fuente de conocimiento. Sin embargo, hay que reconocer que la reflexión gramatical de Wilkins, aunque eclipsada por otros aspectos de su obra, posee un valor intrínseco y logra importantes hallazgos (véase Laborda 1980: 259-262).

Finalmente, el proyecto de Wilkins incorpora como apéndice un diccionario¹⁷ de palabras inglesas ordenadas alfabéticamente.

Como se indica en la advertencia inicial, “The Design of the Philosophical Tables is enumerate and describe all kinds of *Things and Notions*: And the Design of this Dictionary, is to reckon up and explain all kinds of *words*, or *names* of things”. Las tablas configuraban un mapa conceptual con el que, una vez establecidas las convenciones gráficas de representación, se podía asignar un significante inequívoco al contenido que se quería representar. Aquí el recorrido es inverso: partiendo de la forma inglesa, se detallan las diversas acepciones que se amparan bajo ella y se indica la posición de cada una de ellas en las tablas.

En efecto, mediante diversas claves se indica en qué lugar de la clasificación taxonómica de la segunda parte hay que situar la palabra inglesa en cuestión (y de modo indirecto, cuál es su representación gráfica y su pronunciación). Por ejemplo, como se recoge en la introducción del diccionario, la palabra *sheep* nos remite a la clave Be. II. 2, que indica que la cosa denotada por dicha palabra pertenece al género de las bestias, segunda diferencia, segunda especie. Esto recuerda a la forma de proceder que encontramos en la parte alfabética de algunos diccionarios ideológicos. En otros casos, se procede de modo más indirecto mediante el recurso a un término sinónimo.

Puestos a valorar la aportación de John Wilkins, es evidente que el autor inglés fracasó en su intento de desarrollar una lengua analítica universal que fuera instrumento para el conocimiento y la ciencia. En primer lugar, como en otros muchos casos, su proyección social fue mínima, reducida a mera curiosidad de eruditos con inquietudes. Por otra parte, tampoco logró el objetivo principal de su diseño, es decir, que la composición de la palabra reflejara la composición de la cosa. Como destaca U. Eco (1994: 215), los géneros, diferencias y especies taxonomizan, pero no definen propiedades. Nos indican el lugar que en la clasificación ocupa la entidad representada, pero si queremos saber algo más necesitamos informaciones suplementarias que debemos rescatar de nuestro conocimiento enciclopédico¹⁸. Sin embargo,

¹⁷ Este diccionario, como manifiesta el propio Wilkins en la “Epístola al lector”, fue obra de su colaborador William Lloyd. Wilkins se muestra muy orgulloso de los resultados y lo califica como “el más perfecto que se haya hecho jamás para la lengua inglesa”.

¹⁸ En todo caso, se debe reconocer que John Wilkins demostró al menos la viabilidad teórica de una lengua más precisa y unívoca que las “lenguas instituidas”. En este sentido, como ejercicio intelectual posee un indudable valor. Otra cosa muy diferente es que pueda tener algún tipo de viabilidad práctica.

hay un mérito incuestionable que se le debe reconocer a su magno esfuerzo: pese a las inconsecuencias de la clasificación, contradicciones, soluciones “ad hoc”, informaciones heterogéneas, falta de un criterio compositivo riguroso, etc. (véase U. Eco 1994: 210 y ss.), la tarea de organización del conocimiento fue enorme y representó un intento de sistematizar y clasificar conforme a los criterios científicos de su época todo ese caudal de información. Bien podemos hacer nuestras las palabras de S. Clauss (1995: 44): Wilkins sí tuvo éxito en “its primary objective of inspiring other attempts to improve the theory and practice of methods of obtaining, recording, and communicating knowledge”. No es de extrañar, por tanto, que su influencia se haya manifestado no tanto en el ámbito de la gramática como en el de la ciencia y el pensamiento, y a este respecto se pueden citar, entre otros, nombres como I. Newton, J. Locke, G. Leibniz (Laborda 1980: 281). Por otra parte, si de lo que se trata es de organizar el conocimiento, estructurar jerárquicamente la realidad, es normal que su influencia se haya hecho notar en los intentos de clasificar onomasiológicamente el caudal general del léxico de la lengua. Asimismo, salvando todas las distancias que sean necesarias, la estela del proyectista inglés enlaza también con los desarrollos computacionales en los que se trata de formalizar, organizar y transmitir informaciones y conocimientos del mundo, ya sean tesauros, ontologías, bases de conocimiento, etc.

3. LA ORGANIZACIÓN ONOMASIOLÓGICA DEL LÉXICO: LOS DICCIONARIOS IDEOLÓGICOS

En los apartados anteriores hemos intentado llevar a cabo una aproximación a los aspectos básicos de las lenguas filosóficas a priori y, en particular, del proyecto del obispo John Wilkins. Ello nos ha servido para poner de relieve cómo en la reflexión lingüística que hay detrás de esta clase de obras pesan mucho los problemas asociados a la significación y la referencia: se habla de las dificultades de las lenguas a la hora de establecer lazos designativos con el mundo, de la imprecisión de los conceptos manejados por las lenguas; se procede, por muy embrionario que sea, a un análisis componencial del significado; igualmente, se explican las diversas categorías a partir del núcleo conceptual que es el sustantivo, lo que pone de relieve no solo la relación formal sino semántica entre las palabras; se destaca asimismo cómo a partir de un significado básico se pueden derivar otros; se insiste en la necesidad de organizar y jerarquizar de forma rigurosa el vocabulario de la lengua conforme a un patrón que surge directamente de la realidad...

Ahora nos toca ocuparnos de un tipo de obra que, al tener que enfrentarse a la compleja tarea de clasificar, organizar y definir el léxico de una cierta lengua, se ve también abocada, ya sea de una forma abierta o de un modo más implícito, a elaborar una reflexión sobre la organización semántica de la lengua.

Situados en esta nueva perspectiva, vamos a establecer, en primer lugar, las características principales de las obras lexicográficas que siguen un criterio onomasiológico de clasificación (en especial, de los llamados diccionarios ideológicos), para lo cual nos referiremos a algunos ejemplos paradigmáticos de esta clase de obras. Se trata de crear un marco de referencia que, en la discusión posterior, nos permita llamar la atención sobre las conexiones y, por supuesto, las diferencias que se pueden percibir entre estos diccionarios y los diversos intentos de crear una lengua filosófica sobre la base de una clasificación, que se supone universal, de las cosas y nociones.

3.1. ¿QUÉ ES UN DICCIONARIO IDEOLÓGICO?

El rasgo definitorio de estos diccionarios es que utilizan un criterio de clasificación semántico. Es decir, en lugar de acudir a una ordenación formal y arbitraria como la alfabética, las palabras se agrupan por afinidad, por cercanía semántica, dicho de otro modo, por pertenecer a un mismo campo nocional. Es lo que se llama ordenación onomasiológica o analógica. Julio Casares (1999: XIII) la define en estos términos: “sistematización del vocabulario, reuniendo en grupos conceptualmente homogéneos cuantas palabras guardan relación con una idea determinada”.

Por tanto, cada entrada en el diccionario agrupa las palabras que expresan distintos matices de un mismo concepto general. El criterio de agrupación puede ser más o menos riguroso, pero en todo caso debe evitarse, si se quiere que el diccionario sea realmente operativo, que la libre asociación de ideas nos lleve por derroteros insospechados que solo mantienen una ligazón tenue y subjetiva con el punto de partida: “Un grupo analógico bien construido se ha de poder seguir desde el principio al fin sin que en ningún momento se pierda de vista el concepto fundamental, la idea rectora a la que sirven de expresión en algún modo todas las voces agrupadas” (Casares 1999: XVIII)¹⁹.

¹⁹ El mismo Casares destaca que más que prescindir de estas salidas laterales del camino principal, conviene indicarlas claramente y mostrar que no forman parte propiamente de la serie analógica.

El aspecto más genuino de los diccionarios ideológicos es que, a diferencia de los diccionarios semasiológicos, que tienen su razón de ser en la búsqueda de un significado a partir de una forma dada, aquellos posibilitan la búsqueda contraria, es decir, la que va del significado o idea a la palabra que la designa. En concreto, el usuario de un diccionario de este tipo intenta encontrar la palabra que mejor se ajusta a la idea o concepto que quiere expresar. Es, por tanto, un diccionario codificador. De ahí que entre sus utilidades prácticas se encuentre la de servir de herramienta para la redacción de textos, ayudando a buscar términos alternativos, palabras que expresen con mayor exactitud lo que se quiere decir, pero también a abrir la puerta a nuevas asociaciones e ideas relacionadas con las ya expresadas.

Sin embargo, como se verá más adelante, razones de tipo práctico y de manejabilidad han obligado a los diccionarios ideológicos a tener que establecer también sistemas de búsqueda a partir de una forma conocida.

Al atender a la organización semántica interna del vocabulario, es un diccionario, como apunta Casares (1941: 118), “orgánico, viviente, sugeridor de imágenes y asociaciones”. En cierta medida, se podría decir que intenta reflejar el modo jerárquico y relacional en que el léxico se organiza dentro de nuestra mente. Sin embargo, a pesar de esta organización más integrada y motivada, los diccionarios ideológicos suelen resultar, paradójicamente, difíciles de utilizar para la mayoría de los usuarios medios. A decir verdad, ello no es tan extraño si se considera la amplitud del universo conceptual que intentan ordenar y la complejidad de las relaciones que se establecen en él.

Los diccionarios ideológicos organizan su macroestructura en varias partes, aunque no siempre aparecen todas ni de la misma manera. En primer lugar, incorporan una parte sinóptica que de alguna forma muestra, en expresión de Casares, el “andamiaje general” de la obra. Está constituida por una serie de tablas en las que se organizan jerárquicamente diversos campos del conocimiento y de la realidad. Se aspira a ofrecer una visión ordenada del universo que ayude al usuario a situar el concepto para el que desea buscar un significante. Le sigue la parte analógica en la que cada entrada es un grupo de palabras semánticamente afines. Las entradas se organizan bien alfabéticamente, como en el caso del Casares, bien conforme el orden de las clases conceptuales establecidas previamente en la parte sinóptica, como en el *Diccionario ideológico de la lengua española* de Vox. A la parte analógica le suele seguir un índice alfabético de los términos que aparecen clasificados en aquella sección. Este índice incluye algún tipo de clave (por ejemplo, numérica) que nos remite a la parte analógica y, en concreto, al grupo semántico en el que se puede hallar el término en cuestión. Se posibilita así una nueva forma de búsqueda a partir de una palabra ya conocida que mantiene algún tipo de relación semántica con el término

que se desea encontrar. Como señala Alvar Ezquerro (1993a: 293), en este caso, el diccionario ideológico se parece a un diccionario de sinónimos. Se consigue de este modo una búsqueda, por lo general, más rápida y fácil que si hubiera que partir de la clasificación sinóptica, que a veces desorienta más que orienta, y se mitiga de este modo una de las dificultades típicas del usuario de los diccionarios ideológicos.

Hay diccionarios ideológicos como, por ejemplo, el famoso *Thesaurus* de P.M. Roget, que no incluyen ningún tipo de definición, se limitan a clasificar las palabras por afinidad semántica: “The purpose of this work (...), is not to explain the signification of words, but simple to classify and arrange them according to the sense in which they are now used, and which I presume to be already known to the reader” (Roget 1982, introducción de la edición de 1852, pág. XXVII). Para facilitar la búsqueda, introducen un listado alfabético con remisión a la parte analógica. Otros diccionarios, como el *Diccionario ideológico de la lengua española* de Vox, contienen ese índice alfabético, pero añaden un diccionario de la lengua (ordenado alfabéticamente) en el que aparecen definidas las voces de la parte analógica. Otros, como en el caso del Casares, índice alfabético y diccionario de la lengua aparecen integrados en una misma unidad. Finalmente, también los hay que incorporan definiciones en la parte analógica. La presencia de definiciones no es más que otra herramienta que facilita el trabajo al usuario, puesto que los criterios de clasificación ayudan a encontrar el grupo analógico establecido por afinidad semántica, pero nada nos dicen del matiz semántico o las particularidades de uso de cada palabra concreta (Alvar Ezquerro 1993a: 293). En cualquier caso, todo esto pone de manifiesto, que “la clasificación semántica es subsidiaria, por su ejecución y su utilización, de la alfabética” (id., 293-294).

En cuanto a la microestructura de la parte analógica, dentro de cada lema pueden aparecer nuevos subgrupos de voces que muestran una mayor afinidad. En cualquier caso, no se trata necesariamente de términos sinónimos, sino de palabras que se relacionan semánticamente entre sí de alguna manera. Por ejemplo, el *Thesaurus* de P.M. Roget mantuvo hasta su edición de 1962 una disposición en dos columnas que se utilizaba para enfrentar los términos contrarios y correlativos. Aparte de la afinidad semántica, también se establecen subgrupos en función de la categoría gramatical de la palabra (sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios, etc.), que a su vez pueden dar lugar a otras subdivisiones conceptuales basadas en la afinidad. Por ejemplo, el *Diccionario ideológico de la lengua española* de Julio Casares ordena los sustantivos de la siguiente manera (1999: XVII): “Si se trata de una cosa concreta, vendrá en primer término la sinonimia, si la hay; después, los aumentativos y los diminutivos; luego, los despectivos y colectivos. A continuación figuran los nombres que designan partes de la

cosa; más adelante, *pasados los verbos*, los nombres que denotan la acción y efecto de éstos; y todavía, si el léxico da ocasión para ello, aparecerán nuevos substantivos: nombres del agente, del lugar en que actúa (taller, tienda, etc.) y de los instrumentos que utiliza”.

En otro orden de cosas, para señalar las relaciones de un grupo analógico con otro de la clasificación analógica se utilizan diversos sistemas de envío.

Según el número de lenguas consideradas, los diccionarios ideológicos pueden ser monolingües o multilingües. Como apunta P.M. Roget en el prefacio de la edición de 1852, estos últimos se apoyan en la posibilidad de utilizar una misma parte sinóptica, una misma organización del mundo, para clasificar los vocablos de las lenguas que se tienen en cuenta. Por otra parte, según el vocabulario considerado los hay que se ocupan del vocabulario general de la lengua y los hay también centrados en algún sector especializado del mismo, lo que hace que sean de estructura más sencilla.

Los diccionarios ideológicos son tal vez el diccionario conceptual por antonomasia, el más complejo y versátil. Existen otros diccionarios relacionados con los ideológicos que, sin embargo, hay que distinguir de ellos. Hay un criterio básico para diferenciarlos: separar las clasificaciones basadas en el significado lingüístico de aquellas que clasifican referentes, elementos de la realidad, *designata* (véase, Alvar Ezquerro 1994). La parte analógica de los diccionarios ideológicos y los diccionarios de sinónimos son ejemplos claros de las primeras: su organización se apoya en las relaciones semánticas que, dentro del sistema de la lengua, se establecen entre diversos términos. Clasificaciones de *designata* son los diccionarios enciclopédicos y las taxonomías típicas de las ciencias. A medio camino se encuentran la parte sinóptica de los diccionarios ideológicos, pero también las nomenclaturas (diccionarios destinados al aprendizaje de una lengua en los que el vocabulario se clasifica temáticamente), los diccionarios por imágenes y los llamados diccionarios temáticos. En ellos se clasifican palabras, pero conforme a un criterio extralingüístico que se supone de validez universal o, en todo caso, de utilidad práctica.

4. PROYECTOS DE LENGUAS UNIVERSALES A PRIORI Y DICCIONARIOS IDEOLÓGICOS: INTERRELACIONES Y DIFERENCIAS

Esbozados en los apartados anteriores los aspectos fundamentales de los focos de interés configurados por la lexicografía de orientación

onomasiológica y el afán utópico por desarrollar una lengua perfecta con que aprehender la verdadera naturaleza de las cosas, nos corresponde ahora poner de relieve los puntos de encuentro, de confluencia, las relaciones y paralelismos entre ambas corrientes, sin desatender, claro está, lo que tengan de peculiar y diferenciador, que no es poco. No se trata de descender al detalle y al caso particular, sino más bien de centrar la atención en los aspectos y tendencias más generales.

Con independencia de los rasgos específicos y de los objetivos particulares de cada tipo de obra, es evidente que no es fruto del azar el que entre ellas existan –por muy débiles y sutiles que puedan parecer– puntos de conexión. Ambas enfocan su interés en el significado de las palabras y en las relaciones que estas mantienen con la realidad²⁰. Ciertamente que cada una en su esfera y con la vista puesta en un objetivo concreto. Un diccionario es muchas cosas a la vez²¹, pero ante todo encierra un análisis del significado de las palabras, lo cual lo convierte “en una verdadera semántica descriptiva” (Lara 2005: 438). Es verdad que la lexicografía se adscribe al ámbito de la lingüística aplicada, caracterizada por estar orientada a resolver problemas concretos; en cambio, el esfuerzo de los proyectistas de lenguas artificiales se inserta en una perspectiva más teórica: la de la “gramática filosófica” o “gramática natural” y la búsqueda de universales del lenguaje. Los problemas del significado se abordan aquí más bien desde los planteamientos de una semántica general. Sin embargo, como se verá en el punto 4.2., la frontera entre el sentido utilitario de unos y el teórico-especulativo de los otros tiende a diluirse.

4.1. RELACIONES HISTÓRICAS

Nadie puede poner en duda que el intento de confeccionar una obra lexicográfica conforme a criterios onomasiológicos y el de crear una nueva

²⁰ Evidentemente, la perspectiva de los proyectos de lenguas filosóficas es mucho más amplia, puesto que tienen que enfrentarse a todos los niveles del lenguaje, pero es indiscutible que los problemas del significado y de la representación de la realidad ocupan en ellos un lugar más que destacado.

²¹ Como destaca Lara (2005: 437), “es un libro, es un depósito de la memoria social de las palabras, es una fuente de información acerca de los significados de las palabras o de las características de las cosas, es un sistema complejo de recuperación de datos, es un símbolo de orgullo lingüístico, es un medio de acción de normas sociales, es un objeto de diseño editorial, es una empresa”.

lengua son netamente distintos por sus motivaciones, objetivos y tradiciones científicas. Sin embargo, del mismo modo hay que reconocer que existen también puntos de encuentro y de enriquecimiento mutuo así como ciertos paralelismos entre ambas orientaciones. De hecho, en algún momento han confluído esas dos preocupaciones en un mismo autor. La clave para entender tales relaciones y parentescos está en la necesidad de disponer de una organización conceptual del pensamiento, lo cual inexorablemente nos conduce a la tradición aristotélica de taxonomías organizadas mediante subdivisiones en géneros y especies.

4.1.1. Dentro de la tradición de la lexicografía onomasiológica, cabe destacar las llamadas nomenclaturas²², obras de intencionalidad didáctica ideadas como medio auxiliar para aprender una lengua extranjera en las que el vocabulario se organiza conforme a un criterio temático y pragmático, “a través de la cosa designada” (Alvar Ezquerro 1993b: 278). Se ciñen a parcelas más restringidas del vocabulario y este queda agrupado no tanto por afinidad semántica como por proximidad contextual o designativa en torno a una serie de centros de interés que pueden ser útiles para el aprendiente. No hay que descartar, sin embargo, que se recurra a una clasificación según un orden lógico más relacionado con las clasificaciones tradicionales del saber enciclopédico, pero sin perder nunca la finalidad práctica y didáctica.

Las nomenclaturas suelen ser plurilingües. Como ejemplo de este tipo de obra podemos citar el *Nomenclator* (1567) de Hadrianus Junius, obra dividida en 85 secciones²³ que toma como lengua de referencia el latín e incluye las traducciones a siete lenguas europeas (Marello 1990). Confluyen aquí varios aspectos interesantes: una organización onomasiológica del

²² Para una historia de las nomenclaturas que entre las lenguas consideradas cuentan con el español, pueden consultarse los trabajos de Manuel Alvar Ezquerro (1993b) y M.C. Ayala Castro (1998). Muchas de las nomenclaturas aparecen integradas como suplementos o capítulos dentro de gramáticas u obras didácticas destinadas a la enseñanza de una lengua extranjera. Tal es el caso de la que podemos encontrar en *El arte de hablar bien francés* de P.N. Chantreau, Madrid, 1781 (*Libro Primero. Recopilación de las voces más usuales para empezar á hablar en francés*) o en el *Curso de temas franceses para uso de los españoles* de B. Sotos Ochando. Estas gramáticas han sido estudiadas, respectivamente, por M. Rueda Rueda y F.J. Grande Alija (2004) y M. Rueda Rueda y F.J. Grande Alija (2002). El caso de Sotos Ochando es especialmente llamativo porque fue también autor de un interesante proyecto de lengua a priori cuya organización se apoya en una clasificación lógica del mundo. Esta lengua ha sido analizada por M.L. Calero Vaquera (1999).

²³ Clasificadas según un orden lógico. Al final de la primera edición, no así en las posteriores, se incluyó un índice alfabético de las voces clasificadas (véase Alvar Ezquerro 1993b: 280).

vocabulario (por muy elemental que sea), la consideración de varias lenguas y el establecimiento de equivalencias semánticas entre los términos de las lenguas que se tienen en cuenta, todo lo cual nos acerca a un ámbito que es ya un antecedente claro del interés por crear una lengua perfecta: nos referimos a las pasigrafías o escrituras universales que cualquiera puede interpretar en su propia lengua y para las que, en principio, no está prevista una realización fónica. Las pasigrafías pueden utilizar signos ideográficos o numéricos con los que se indica el lugar que la palabra en cuestión ocupa en la clasificación conceptual que se maneja²⁴. Luego, mediante diversas tablas o diccionarios, se establece el equivalente en las lenguas consideradas. El proceso puede ir en sentido inverso (de una lengua concreta a la notación pasigráfica). Evidentemente, una pasigrafía es algo más que una serie de diccionarios codificadores y descodificadores, debe incluir algún tipo de notación para los accidentes gramaticales y las relaciones sintácticas, y se enfrenta al problema de lo inviable que resulta una traducción palabra por palabra o que se intente reducir la gramática de una lengua a la de otra que se considera modelo o referencia (caso del latín).

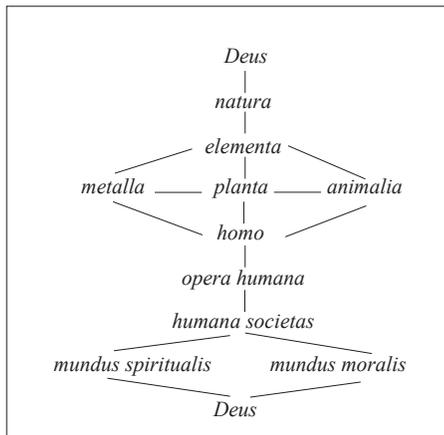
Como ejemplo de pasigrafía se puede mencionar el *Arithmeticus nomenclator* (1653) del español Pedro Bermudo, quien se basa en una organización de 44 clases conceptuales arbitrarias e incongruentes que ponen de relieve, una vez más, que el punto débil de este tipo de obras se encuentra precisamente en la clasificación conceptual²⁵ que se supone independiente de las lenguas concretas. En esta obra la clase general se indica mediante un número romano, la especie mediante uno arábigo. Por ejemplo, XVI.2 representa la palabra *cocodrilo* (clase de reptiles y peces + especie (cocodrilo)) (Eco 1994: 175).

4.1.2. Desde un punto de vista histórico, la necesidad de disponer de una clasificación conceptual ha hecho que la lexicografía onomasiológica haya estado muy influida por las enciclopedias de la Antigüedad y de la Edad Media. No obstante, y esto es lo que nos interesa destacar ahora precisamente, no se puede negar tampoco el peso decisivo que ha tenido la

²⁴ No todas las pasigrafías se apoyan en una clasificación conceptual. Por ejemplo, en la *Polygraphia nova et universales ex combinatoria arte detecta* (1663) del padre Athanasius Kircher la notación numérica es solo una forma de encontrar la palabra en cuestión en alguna de las 32 tablas que se manejan, tablas que no implican una división en clases lógicas (véase Eco 1994: 167-171).

²⁵ El listado de las 42 clases conceptuales se encuentra recogido en Eco (1994: 175-176).

tradición filosófica y retórica. Como se ha encargado de poner de relieve Paolo Rossi (2000), las clasificaciones metódicas de los pensamientos, alfabetos, tablas, teatros del mundo, el arte de la memoria, la creación de lenguas universales, la combinatoria de los pensamientos, la búsqueda de los primitivos semánticos, etc., son temas íntimamente imbricados. En este cruce de influencias destaca la figura del pensador y pedagogo J. Amos Comenius, quien fue autor de dos obras destinadas a la enseñanza de lenguas extranjeras, *Iana linguarum reserata* (1631) y *Orbis sensualium pictus* (1658). Las dos se organizan temáticamente en torno a una serie de capítulos (100 en la primera, 150 en el caso de la última). En cada apartado se presenta cierto léxico y la información enciclopédica asociada al mismo. Partiendo del Dios creador se recorre la totalidad del universo en una trayectoria que va desde los elementos básicos y diversos fenómenos de la naturaleza, pasando por el reino vegetal, el reino animal y terminando en todo lo relacionado con el hombre. Junto a los grandes temas de la naturaleza, la religión, la moral, la política, la ciencia y la cultura se presta una gran atención a los oficios artesanales y a los asuntos de la vida cotidiana. Esta presentación sistemática y enciclopédica del conocimiento, así como la clasificación temática del vocabulario que implicaba, parece ajustarse al siguiente esquema basado en la creación²⁶:



²⁶ Esquema incluido en Mištinová (2000: 72), quien a su vez lo toma de J. Červenka (ed.), *Johannis A. Comenii Janua linguarum reserata*, Praha, SPN, 1999, pág. XIV.

La originalidad y particularidad de *Orbis sensualium pictus* fue incorporar grabados para ofrecer una visión completa del mundo más inteligible y accesible. Todo ello la convierte de hecho en el primer diccionario por imágenes. Pues bien, y así reencontramos la senda de la lengua perfecta, este es el mismo autor que desde los planteamientos de la pansofía (la búsqueda, por debajo de la aparente diversidad, de un conocimiento armónico y unitario que refleje el orden subyacente del mundo y la perfección de su creador) postula en *Via lucis* (1668) la necesidad de crear una nueva lengua que permita la expresión clara y precisa del pensamiento, pero que igualmente ayude al entendimiento y la unión entre los distintos pueblos.

La estela del *Orbis sensualium pictus* de Comenius ha sido seguida por los numerosos diccionarios visuales que se han publicado desde entonces. Pese a todo, no se debe perder de vista, como hemos destacado en otro lugar, que el *Orbis* es mucho más que un diccionario y que hay aspectos en los que sus herederos son realmente menos versátiles y útiles²⁷.

Los diccionarios por imágenes son obras lexicográficas que organizan temáticamente el vocabulario a partir de la configuración extralingüística de la realidad. Las imágenes imponen la secuencia de términos que aparece en cada agrupación, por lo que para dar cuenta del vocabulario recogido necesitan adjuntar un listado alfabético, en el que mediante alguna clave se remite a la imagen en la que se recoge el término (Alvar Ezquerria 1993a: 301). La presentación del vocabulario se hace conforme un orden enciclopédico que, pese a todos los cambios y transformaciones del mundo y de la forma de concebirlo, se parece mucho al presentado por Comenius en el *Orbis*. Por ejemplo, la segunda edición español del *Duden*²⁸ se organiza en torno a quince capítulos temáticos (con múltiples subtemas): 1. Atomo, universo, tierra, 2. Hombre y hogar, 3. Horticultura, agricultura y selvicultura, 4. Caza y Pesca, 5. Artes y oficios, 6. Industria, 7. Industrias gráficas, 8. Transportes y comunicaciones, 9. Oficina, banco, bolsa, 10. Estado y ciudad, 11. Viaje y recreación, 12. Deportes, 13. Diversiones y música, 14. Ciencias, religión, artes, 15. Animales y plantas. En una obra multilingüe (español, inglés,

²⁷ Aparte de poder utilizarse como un diccionario por imágenes, es un manual que aspira a integrar el estudio de la lengua con el conocimiento del mundo. De este modo, concede una gran importancia al significado y se apoya en el uso de oraciones completas de temática coherente que, además de aclarar el contenido de cada capítulo, aportan al vocabulario presentado un contexto verbal que ayuda a entender su uso y relación con otros términos. Véase Grande Alija, Rueda Rueda y Grande Rodríguez (2005).

²⁸ DUDEN ESPAÑOL: *Diccionario por la imagen*, Barcelona, Editorial Juventud, 1963 (2.ª edición).

francés, alemán e italiano) más reciente, el *Diccionario Visual* de J-C. Corbeil y A. Archambault²⁹, se aprecia aun más claramente el orden enciclopédico comeniano: 1. Astronomía, 2. Tierra, 3. Reino vegetal, 4. Reino animal, 5. Ser humano, 6. Productos alimenticios y de la cocina, 7. Casa, 8. Bricolaje y jardinería, 9. Vestido, 10. Accesorios y artículos personales, 11. Arte y arquitectura, 12. Comunicaciones y ofimática, 13. Transportes y vehículos, 14. Energía, 15. Ciencia, 16. Sociedad, 17. Deportes y juegos.

4.1.3. La influencia del humanista Comenius también se hace patente en el grupo inglés de proyectistas de lenguas artificiales, entre los que se encuentra John Wilkins, cuya obra principal ya ha sido comentada en el apartado 2.2³⁰. A su vez, el proyecto del obispo inglés ha influido, sobre todo en lo que tiene de intento de organizar de forma rigurosa la realidad, en la obra que se puede considerar el modelo de los diccionarios ideológicos modernos, esto es, el famoso *Thesaurus of English Words and Phrases* (1852) del doctor Peter Mark Roget³¹. Este diccionario se organiza siguiendo una clasificación lógica de la realidad estructurada en seis clases generales: 1. Abstract relations, 2. Space, 3. Matter, 4. Intellect: the exercise of mind (Formation of ideas, Communication of ideas), 5. Volition: the exercise of will (Individual division, Social division), 6. Emotion, religion and morality. Cada clase se divide en una serie de secciones y estas en un conjunto de apartados, numerados correlativamente según una progresión lógica, que configuran la unidad básica del diccionario. Se trata de una clasificación jerarquizada de estructura arbórea que sigue de cerca, como señala el propio Roget, el modelo de las utilizadas en botánica y zoología. Se plantea además como independiente de la organización semántica de una lengua concreta, en este caso el inglés, y por ello puede ser aplicable a cualquier otra: “Nor

²⁹ J.C. Corbeil y A. Archambault, *Diccionario Visual (Español/Inglés/Francés/Alemán/Italiano)*, Barcelona, Spes Editorial, 2004.

³⁰ Recordemos que el *Essay* de Wilkins es, entre otras muchas cosas, también un trabajo de lexicografía, al incorporar como apéndice un diccionario del que el obispo se muestra muy orgulloso y cuyo título es más que elocuente: “An alphabetical dictionary wherein all English words according to their various significations, are either referred to their Places in the Philosophical Tables, or explained by such Words as are in those Tables”.

³¹ Pese a que P.M. Roget habla del proyecto de John Wilkins en términos no muy elogiosos: “It professed to be founded on a ‘scheme of analysis of the things and notions to which names were to be assigned’; but notwithstanding the immense labour and ingenuity expended in the construction of this system, it was soon found to be far too abstruse and recondite for practical application” (prefacio de 1852, páginas XXX-XXXI, nota 2 de la edición que maneja: 1982).

would its utility be confined to a single language; for the principles of its construction are universally aplicable to all languages, whether living or dead” (Prefacio de 1852, pág. XXX). El carácter autónomo y versatilidad de esta clasificación jerárquica se aprecian no solo en que poco tiempo después varios autores siguieran la sugerencia de Roget, sino también en que, pese a los cambios y transformaciones que el *Thesaurus* ha sufrido a lo largo de las sucesivas ediciones, dicha clasificación se ha mantenido prácticamente invariable y ha sido capaz de integrar nuevos conceptos y nuevo vocabulario.

Es también significativo que P. M. Roget considere que la clasificación puede ser de utilidad a los esfuerzos de la especulación metafísica, así como el punto de partida para la construcción de una lengua filosófica universal. Respecto a esta última, por muy lejana y utópica que pueda parecer, nada contribuiría como ella a la eliminación de la barrera que la diversidad de lenguas representa para el intercambio de ideas y para el entendimiento entre los hombres (Prefacio de 1852, págs. XXX-XXXI). El lexicógrafo, hombre de sentido práctico y utilitario, no arrincona por completo al optimista que confía en la capacidad de mejora del ser humano.

4.2. MOTIVACIONES

Las primeras páginas de este trabajo nos han permitido poner de relieve que los proyectistas de lenguas a priori se hallan, en primera instancia, movidos por el impulso idealista y utópico de crear un instrumento de comunicación preciso y riguroso que permita, en primer lugar, expresar con claridad y exactitud el pensamiento y, en segundo lugar, que facilite la unión, el entendimiento y la concordia entre los seres humanos. Por el contrario, a los autores de los diccionarios ideológicos les guía más bien un sentido utilitario y práctico: ofrecer al lector una herramienta que, entre otras cosas, le ayude a localizar el vocablo que mejor se ajusta a la idea que tiene en mente. Sin embargo, tan pronto como se supera esta primera impresión se diluyen, hasta cierto punto, las fronteras entre el sentido idealista y utópico de los unos y el pragmático y utilitarista de los otros. En efecto, no faltan las motivaciones prácticas en los autores de lenguas filosóficas (véase el Prefacio de John Wilkins). Además, no hay que olvidar que estos autores no se quedaron en la mera especulación lingüístico-filosófica. Su objetivo final era construir algo concreto, útil, sencillo y manejable: una lengua perfecta que diera respuesta a lo que se consideraba un auténtico problema del lenguaje (los defectos que restan fiabilidad y precisión a las lenguas instituidas). En contrapartida, los lexicógrafos onomasiológicos

han tenido también motivaciones más cercanas a la especulación filosófica que a la utilidad pragmática, hasta el punto de que a veces se han olvidado de las necesidades de sus lectores y se han dejado seducir por la idea de poner el mundo y las palabras en orden o de revelar el orden profundo de la naturaleza (Marello 1990: 1084).

El caso del doctor P. M. Roget es bien significativo de la importancia que el componente filosófico, surgido de la necesidad de disponer de una jerarquía de conceptos sobre la que instituir una estructura clara y comprensiva, tiene en esta clase de obras. De hecho, se reconoce que el éxito de su *Thesaurus* se debe a la combinación armónica de los aspectos filosófico y práctico (S.M. Lloyd, Prefacio de la edición de 1982, pág. VII). Muestra de ello es que tras insistir en la utilidad de su diccionario, se refiere también a cuestiones que preocupaban a los creadores de lenguas universales como, por ejemplo, la relación entre lenguaje y pensamiento y la conveniencia de controlarlo a fin de que exprese de un modo preciso y claro los conceptos, porque, de lo contrario, puede convertirse en un vehículo para el error, la falsa lógica y la retórica hueca (Prefacio de 1852, págs. XXII y ss.). De algún modo, suenan los ecos de la urgencia de promover una *terapia del lenguaje* que tanto obsesionó a los proyectistas de lenguas filosóficas. Finalmente, en esta línea más especulativa y teórica, y dejando al margen el interés mostrado por el desarrollo de una lengua filosófica universal, también ha de situarse la sugerencia de Roget de que su plan de clasificación, que funcionaría entonces a modo de estándar autorizado, podría ser útil para limitar y regular las fluctuaciones a las que la lengua se halla sometida (Prefacio de 1852, pág. XXX). Precisamente, y llevando esta tendencia al extremo, la desconfianza frente a la diversidad y el cambio de las lenguas hizo que dos siglos antes intelectuales como John Wilkins defendieran una concepción estática de lo lingüístico (Laborda 1980: 276-277).

4.3. EL NOMBRE DE LAS COSAS COMO PROBLEMA

En los dos grandes tipos de obras que estamos considerando nos encontramos, eso sí, desde ángulos distintos, con un mismo problema: el de dar nombre a las cosas, a la realidad, a los conceptos, a las ideas. El lexicógrafo onomasiológico, manteniéndose dentro de los límites de una lengua que ya le viene dada, ofrece una serie de ayudas y pautas de búsqueda para que toda persona que lo necesite encuentre la palabra que mejor expresa la idea que tiene en la cabeza (el diccionario ideológico es, ante todo, un diccionario codificador). Por su parte, el proyectista, tras rechazar por imperfectas las lenguas naturales, se enfrenta a la tarea de crear una nueva, lo que le exige,

entre otras muchas cosas, desarrollar un nuevo sistema de denominación, un nuevo vocabulario, que represente con rigor y exactitud la realidad y su composición. En ambos casos, al asumir una orientación que va de los conceptos a las palabras, resulta imprescindible una organización conceptual previa que guíe los pasos, tanto del simple usuario de la lengua como de quien se encuentra inmerso en el arduo empeño de renovar el lenguaje. El uno para que no se pierda en el laberinto de las palabras, el otro para poder llevar con rigor su labor de dar nombre exacto a las cosas e ideas previamente deslindadas en el aparente caos de la realidad.

4.4. LA NECESIDAD DE UNA CLASIFICACIÓN DEL CONOCIMIENTO

La clave de todo en ambas obras está, como queda dicho, en la clasificación conceptual. Si comparamos, por ejemplo, la segunda parte de la obra de Wilkins y las tablas de la parte sinóptica de los diccionarios ideológicos, son evidentes los paralelismos entre ambas. De igual modo, es palpable la relación que guardan con las taxonomías de las ciencias naturales. No es de extrañar, puesto que derivan del mismo modelo de clasificación aristotélico basado en la determinación de los géneros, especies y diferencias de las cosas particulares y conocido en la tradición medieval como “árbol de Porfirio”. En todos los casos se trata de organizar, clasificar, en un movimiento que va de lo general a lo particular, el mundo a base de subdivisiones hechas en función de algún tipo de diferencia específica.

Cambian, ciertamente, las motivaciones y los objetivos subyacentes. Para los proyectistas, interesados como estaban en crear una lengua isomórfica con la realidad, esta clasificación es la condición previa necesaria, dado que solo un análisis riguroso de aquella va a permitir desarrollar una lengua que la refleje con precisión. Recuérdese que la clasificación es la llave para la construcción, mediante un criterio de composición de rasgos primitivos, del vocabulario de la nueva lengua. Se pretende con ello que cada palabra incorpore en sí misma una definición de la noción representada y que, al mismo tiempo, indique el lugar que ocupa dentro de la clasificación. Bien se puede decir aquí que el mapa conceptual de la lengua, su organización semántica, calca punto por punto el territorio de lo real. Sin embargo, insistimos, pese al empeño de estos autores de ofrecer una clasificación de validez universal y definitiva, es evidente que toda clasificación encierra

en sí cierta arbitrariedad y que solo puede ser provisional y transitoria³², hecha en función del estado cambiante de nuestros conocimientos, quizá limitados, con lo cual solo se puede hablar de un pretendido isomorfismo entre lengua y realidad.

Mientras que los autores de lenguas artificiales abandonan la organización conceptual espontánea de las lenguas para ir a buscar un supuesto orden universal, los diccionarios ideológicos parten de aquella y se mantienen en ella. Y, aunque pueden apoyarse en un esquema lógico de clasificación, este se utiliza con un sentido práctico antes que con la idea de ofrecer una imagen monolítica y rigurosa de la realidad. Como destaca U. Eco (1990: 106), resulta “imprudente tomar una taxonomía de las ciencias naturales como un modelo para un inventario del contenido de una lengua natural”. Los lexicógrafos lo han tenido claro: “...la clasificación del vocabulario ha de aspirar no tanto a parecer ser científica, filosófica o natural, como de servir de base práctica para lograr la finalidad puramente lexicográfica que perseguimos”, en palabras de J. Casares (1941: 111). Incluso P. M. Roget, quien manifiesta que para desarrollar su plan de clasificación ha seguido las pautas de las clasificaciones de la Botánica y la Zoología (prefacio de 1852, pág. XXX, nota 2), admite que el objetivo principal de su sistema de clasificación ha sido conseguir la mayor utilidad práctica dejándose guiar por su propia experiencia (Id., pág. XXIII).

Se reconoce así también su valor relativo y subjetivo, y ello explica que sea fácil que el lector se pierda en la cascada de subdivisiones y que vaya a buscar la palabra a un lugar distinto del previsto por el autor. No hay que olvidar que la clasificación de las tablas sinópticas ofrece el andamiaje general de la obra, el criterio básico de clasificación de las palabras, pero también actúa como motor de búsqueda que permite al usuario localizar la tabla en la que posiblemente esté clasificado el término léxico que desea encontrar. Sin embargo, desde el momento que se incluye un índice alfabético que hace posible la búsqueda a partir de una palabra ya conocida, el lector puede olvidarse de esa parte sinóptica, que solo tiene interés entonces en

³² A este respecto, son elocuentes los comentarios en los que J. Casares (1941: 105 y siguientes) pone de relieve que toda clasificación, por el propio modo en que se desarrolla el conocimiento científico, solo puede ser provisional y mudable, e insiste en que una clasificación natural (es decir, aquella en que los elementos de la realidad se disponen según sus propiedades intrínsecas y teniendo en cuenta sus afinidades y relaciones) de las palabras es imposible.

el momento de afrontarse la concepción general del diccionario por parte de su autor³³.

Debe quedar claro que las tablas clasificatorias de los diccionarios ideológicos organizan la realidad, ofrecen una imagen del mundo, que se aprovecha, eso sí, para clasificar las palabras de una lengua conforme un criterio semántico. Pero las tablas en sí mismas no ordenan significados, no reflejan las relaciones semánticas entre las palabras, sino entre elementos de la realidad. De ahí que un mismo esquema clasificatorio puede utilizarse para más de una lengua, tal como ocurre en los diccionarios ideológicos bilingües y multilingües. Esto también es el origen de muchos problemas y distorsiones: no siempre es fácil someter el léxico de la lengua al esquema piramidal clasificatorio mediante un sistema de inclusión recíproca de hipónimos e hiperónimos³⁴. El lexicógrafo no maneja elementos de la realidad que, en función de sus características, se colocan en uno u otro lugar de la clasificación. Trabaja con palabras, muchas de las cuales encierran bajo una misma forma matices de uso distintos o, incluso, sentidos diferentes. Ello obliga a que una misma palabra aparezca clasificada en puntos distintos, lo que explica las dificultades de la búsqueda semántica y que resulte imprescindible un sistema de envíos entre las entradas léxicas que guardan algún tipo de relación semántica. Se va, como destaca Alvar Ezquerro (1994: 12), a un sistema de “pirámides multidimensional de extrema complejidad”. Se pasa así de un diccionario rigurosamente jerarquizado en hiperónimos e hipónimos a una estructura enciclopédica más difusa y abierta en la que se reúnen los conocimientos que se tienen del mundo. Tal enciclopedia es indefinida, puede incluir elementos contradictorios y está en constante transformación (Eco 1990: 133). Y aunque en sectores restringidos bien delimitados puede aprovechar la organización de árbol jerarquizado según las propiedades de las cosas, a esa enciclopedia le cuadran mejor otras imágenes. U. Eco, en la obra que estamos citando últimamente, acude a la metáfora del rizoma:

³³ Resulta llamativo que P. M. Roget, que tenía una gran fe puesta en su clasificación, recomendara, a la hora de utilizar su diccionario, primero acudir a las tablas sinópicas para buscar el término más adecuado y, solo en caso de dificultades, utilizar después el índice alfabético (Prefacio de 1852, pág. XXIV). Pero está claro que la vía más cómoda y fácil para cualquier usuario medio será siempre el buscar un término desconocido a partir de otro ya conocido siguiendo la ordenación alfabética.

³⁴ Con el resultado de que “a cada par (o triplete o n-tuplo) de hipónimos corresponde un solo hiperónimo, y que cada n-tuplo de hiperónimos constituye a su vez el nivel hiponímico de un solo hiperónimo” (Eco 1990: 104).

todo punto del rizoma puede ser conectado, y debe serlo, con cualquier otro punto, y de hecho en el rizoma no hay puntos o posiciones sino sólo líneas de conexión; un rizoma puede ser roto en cualquier parte y luego continuar siguiendo su línea; el rizoma es desarmable, reversible (...); el rizoma carece de centro. La idea de una enciclopedia en forma de rizoma se deriva directamente de la inconsistencia del árbol de Porfirio (Eco 1990: 136).

Pero en un mundo como el nuestro (la fecha de la publicación original de la obra de Eco es 1984) dominado por una red de alcance universal, tal vez la imagen que mejor cuadra a un diccionario ideológico no es la de un árbol jerarquizado o la de una pirámide o la de un rizoma, sino la de una malla, una red compleja y abierta, en la que el sistema de lemas o entradas (unidos por todo tipo de conexiones y relaciones) configuran los nudos de la misma. Es evidente que el formato electrónico permite llevar a su máxima expresión este tipo de organización en malla y que los desarrollos futuros de las clasificaciones onomasiológicas van por ahí.

5. CONCLUSIONES

Esta es una historia complicada, de luces y sombras. Del empeño del hombre por darse un mundo estable, bien organizado, que le sirva de tabla de salvación, de refugio y bálsamo existencial. Cada cosa y ser debe estar en su sitio y ajustarse al haz de propiedades y rasgos que les hemos asignado en nuestro afán organizador: las rocas son duras, los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren, los humanos son seres racionales, hablan, piensan, tienen emociones... En esta necesidad de domesticar y troquelar la realidad, el hombre ha encontrado un inestimable aliado y una poderosa herramienta: su infinita capacidad para crear, utilizar, intercambiar y modificar todo tipo de signos, en especial las palabras, habladas y escritas. Al final, siempre están las palabras y la fascinación que sentimos por ellas. Se las quiere o se las denosta, pero no las podemos evitar porque, en buena medida, son la llave para representar la realidad y acceder a ella. De hecho, para el hombre todo aquello que no ha merecido su atención o interés ha quedado arrumbado al limbo de las palabras no nacidas o difuminado entre los contornos borrosos de un término genérico (¿cómo se llama esa brizna verde que pisamos despreocupadamente cada vez que paseamos por el campo y que tanto se parece a otras muchas similares?).

Aquí nos hemos ocupado de dos formas distintas, aunque interrelacionadas, de mirar las cosas y las palabras.

De una parte, la del filósofo. Este desconfía de la imagen engañosa que nos transmiten las palabras y, por ello, cree necesaria y urgente una terapia del lenguaje. Su atención se vuelve entonces hacia la realidad, el mundo, con el propósito de hallar el orden exacto que se esconde tras la primera apariencia. A partir de aquí, sobre unos fundamentos ya bien asentados, torna su mirada hacia las palabras a fin de instituir un nuevo lenguaje transparente, riguroso, preciso... Solo así el orden conceptual de las palabras sigue, punto por punto, el orden del universo, de las cosas.

De otra parte, tenemos la del lexicógrafo, que no puede desconfiar de las palabras, pues trabaja con ellas y ellas son su razón de ser. Pero necesita de un orden que le ayude a desentrañar las relaciones y nexos que se establecen entre ellas. La clasificación se presenta aquí no tanto como una horma que establece el nuevo orden del lenguaje sino como una herramienta, más o menos eficaz y arbitraria, que nos ayuda a organizar metalingüísticamente las palabras y a identificar los parentescos semánticos entre las más próximas.

En el fondo de todo esto, y volvemos así al tema que apuntábamos al comienzo de esta conclusión, se encuentra el problema de la compleja relación entre las palabras y el mundo. ¿Qué es la realidad?, esa realidad nuestra, es decir, ese conjunto de estímulos y percepciones que ordenamos conforme a pautas conceptuales y representaciones mentales previas, ¿merece algún tipo de crédito? ¿Es posible establecer unas líneas de división claras que nos ayuden a ordenar el caos del mundo o estamos condenados a interponer pantallas que solo nos hacen llegar una imagen difuminada y borrosa de lo que está detrás? ¿Y las palabras?, ¿son un obstáculo o, por el contrario, son la única tabla de salvación que nos libra del naufragio definitivo?, ¿siguen líneas previas de división de lo real?, ¿apuntan a representaciones mentales más básicas compartidas por todos los hombres? Y estas, de existir, ¿cómo podemos establecer qué son sin recurrir a las palabras o a cualquier otro tipo de signo? Resulta difícil, si no imposible, salir de esta espiral semiótica que nos lleva de un signo a otro, y así hasta el infinito.

El estructuralismo y el relativismo lingüístico nos han enseñando que la lengua no es una mera nomenclatura ideada para poner etiquetas verbales a una realidad preexistente. Cada lengua, según su particular genio, puede configurar un mismo campo nocional de modos diversos, a veces contradictorios. Esto, que es un hecho, tiene, sin embargo, un colofón mucho más importante: ¿en qué medida esas diferencias determinadas por la lengua condicionan nuestro modo de ver las cosas, de conceptualizar la realidad? Precisamente uno de los problemas del relativismo lingüístico ha sido la

circularidad de su argumentación: diferentes visiones del mundo explican las diferencias lingüísticas y a su vez las mismas diferencias lingüísticas son la prueba de que existen diferentes visiones del mundo (véase, Bruzos 2001-2002: 154).

Tal vez el relativismo puso demasiado el énfasis en las diferencias, que son indiscutibles, pero también es cierto que, partiendo de la premisa de la posibilidad de la traducción interlingüística, es mucho lo que compartimos: deben existir unas fracturas ontológicas básicas que guían los procesos de lexicalización, los seres humanos tenemos unos condicionamientos perceptivos, motores, fisiológicos, unas necesidades sociales y espirituales similares que hacen que coincidamos mucho en nuestros centros de interés y en lo que consideramos lingüísticamente relevante. Ciertamente, las lenguas nos imponen unas pautas, unas rutinas y convenciones en el procesamiento de la información y en la representación del mundo, que nos pasan desapercibidas salvo cuando nos asomamos, por la razón que sea, a otro código lingüístico, pero esto no significa en modo alguno que la lengua nos imponga una ceguera cognitiva a todo aquello que ha quedado fuera de su centro de interés.

En todo esto, y con ello damos fin a estas reflexiones, se vislumbran aquí dos tendencias que, de modos diversos, han estado a lo largo de la historia del pensamiento. De un lado, una tendencia universalista y racionalista que defiende que el hombre organiza el mundo conforme a pautas conceptuales de carácter universal compartidas por todos los hombres (y de ahí que sea lícito hablar de conceptos básicos, primitivos del pensamiento, pero también de lenguas universales). De otro, la de aquellos que, al incidir en las diferencias lingüísticas, ponen el énfasis en el orden particular que la lengua impone al mundo (otra cuestión es cómo esto condiciona nuestra forma de ver la realidad).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR EZQUERRA, MANUEL. 1993a. Los diccionarios ideológicos del español. En *Lexicografía descriptiva*. Barcelona: Biblograf, pp. 289-301.
- 1993b. Apuntes para la historia de las nomenclaturas del español. En *Lexicografía descriptiva*. Barcelona: Biblograf, pp. 277-287.
- 1994. La forma de los diccionarios a la luz del signo lingüístico. En H. Hernández Hernández (coord.) *Aspectos de lexicografía contemporánea*. Barcelona: Biblograf, pp. 3-13.
- (dir.) 1998. *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona: Biblograf.
- AYALA CASTRO, MARTA. 1998. Los otros diccionarios del español: clasificaciones metódicas del siglo XIX. En Manuel Alvar Ezquerra y Gloria Corpas Pastor (coords.), *Diccionarios, frases, palabras*. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 85-100.
- BORGES, JORGE LUIS. 1985. El idioma analítico de John Wilkins. En *Prosa completa (1930-1975)*, vol. 3. Barcelona: Bruguera, pp. 109-113.
- BRUZOS MORO, ALBERTO. 2001-2002. ¿Un mundo en la cabeza? Historia y alcance del relativismo lingüístico. *Contextos*, XIX-XX/37-40: 143-183.
- CALERO VAQUERA, MARÍA LUISA. 1999. *Proyectos de Lengua Universal. La contribución española*. Córdoba: Publicaciones de la Universidad de Córdoba y Obra Social y Cultural Cajasur.
- CASARES, JULIO. 1941. *Nuevo concepto del diccionario de la lengua y otros problemas de lexicografía y gramática*. Madrid: Espasa-Calpe.
- 1999. *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili.
- CLAUSS, SIDONIE. 1995. John Wilkins' *Essay Toward a Real Character*. Its Place in the Seventeenth-Century Episteme". En Nancy Struever (ed.), *Language and the History of the Thought*. Rochester: University of Rochester Press, pp. 27-49.
- COMENIO, JUAN AMÓS. 1685. *Orbis sensualium Pictus* (versión en español de 1993). México, D.F.: Miguel Ángel Porrúa.
- CORBEIL, JEAN CLAUDE Y ARIANE AARCHAMBAULT. 2004. *Diccionario Visual (Español/Inglés/Francés/Alemán/Italiano)*. Barcelona: Spes Editorial.
- DESCARTES, RENÉ. 1974. *Correspondance (Avril 1622-Février 1638)*, tomo I de *Oeuvres de Descartes*, publicadas por Ch. Adam y P. Tannery. París: Librairie Philosophique J. Vrin.
- DODD, WILLIAM STEVEN. 1990. El esperanto y las lenguas artificiales. *Estudios Humanísticos. Filología*, 12: 105-129.

- DUDEN ESPAÑOL. 1963. *Diccionario por la imagen*. Barcelona: Editorial Juventud.
- ECO, UMBERTO. 1990. *Semiótica y filosofía del lenguaje*. Barcelona: Editorial Lumen.
- . 1994. *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Crítica.
- GRANDE ALIJA, FRANCISCO JAVIER. 2001. El problema de la comunicación internacional: las lenguas artificiales. *Estudios Humanísticos. Filología*, 23: 29-52.
- GRANDE ALIJA, FRANCISCO JAVIER, MERCEDES RUEDA RUEDA Y VERÓNICA GRANDE RODRÍGUEZ. 2005. J.A. Comenius: su impulso renovador y su pervivencia en la enseñanza/aprendizaje de lenguas. *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, 21.1, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona: 35-59.
- LABORDA GIL, XAVIER. 1980. *Racionalismo y empirismo en la lingüística del siglo XVII*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona [en línea]. Disponible en http://www.tesisenxarxa.net/TESIS_UB/AVAILABLE/TDX-0920104-113747//TESIS_LABORDA.pdf
- . 1985. Filosofía y cautividad de la lingüística. *ER. Revista de Filosofía*, 2: 73-86 [en línea]. Disponible en <http://www.sant-cugat.net/laborda/515ER.htm>
- LARA, LUIS FERNANDO. 2005. El diccionario y sus disciplinas. En Ángel López y Beatriz Gallardo (eds.), *Conocimiento y lenguaje*. Valencia: Universitat de València, pp. 437-450.
- MARELLO, CARLA. 1990. The Thesaurus. En Franz Josef Asuman, Oskar Reichmann, Ernst Wiegand y Ladislav Zgusta (eds.), *Wörterbücher. Ein internationales Handbuch zur Lexikographie*. Berlin-New York: Walter de Gruyter, pp. 1083-1094.
- MARÍN MINGORANCE, LEOCADIO. 1994. La lexicografía onomasiológica. En Humberto Hernández Hernández (coord.), *Aspectos de lexicografía contemporánea*. Barcelona: Bibliograf, pp. 15-27.
- MISTINOVA, ANNA. 2000. The Jana linguarum reserata of Jan Amos Comenius and the *Jana linguarum* of William Bathe. *Acta Comenian*, 14: 53-86.
- NEF, FRÉDÉRIC. 2000. *Leibniz et le langage*. Paris: Presses Universitaires de France.
- ROGET, PETER MARK. 1982 (1852). *Thesaurus of English Words and Phrases*, edición a cargo de Susan M. Lloyd. Harlow: Longman.
- ROSSI, PAOLO. 2000. *Logic and the Art of Memory, The Quest for a Universal Language*. London: The Athlone Press.
- RUEDA RUEDA, MERCEDES Y FRANCISCO JAVIER GRANDE ALIJA. 2002. Los principios metodológicos de B. Sotos Ochando aplicados a la enseñanza del español como lengua extranjera: tradición y modernidad?. En Miguel Ángel Esparza Torres, Benigno Fernández Salgado y Hans-Josef Niederehe (eds.), *Actas del III Congreso Internacional de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*. Estudios de Historiografía Lingüística. Hamburg: Helmut Buske Verlag, pp. 683-694.
- . 2004. El Arte de hablar bien francés o Gramática completa de P.N. Chantreau y la modernidad de sus planteamientos didácticos en la enseñanza de lenguas extranjeras. En Cristóbal José Corrales Zumbado, Josefa Dorta Luis, Antonia Nelsi Torres González, Dolores Corbella Díaz y Francisca del Mar Plaza Picón (eds.), *Nuevas aportaciones a la historiografía lingüística*. Madrid: Arco/Libros, pp. 1469-1480.
- SINGER, THOMAS S. 1995. Hieroglyphs, Real Character, and the Idea of Natural Language in English Seventeenth-Century Thought. En Nancy Struever (ed.), *Language and the History of the Thought*. Rochester: University of Rochester Press, pp. 61-82.
- WILKINS, JOHN. 1968 (1668). *An Essay Towards a Real Character and a Philosophical Language*, edición facsimilar. Menston: The Scholar Press.